

tras estos días sin honra y sin alegría, la imagen de los tiempos en que entraremos?

XXVIII

He soñado con una naturaleza inocente y mejor que la actual.

No comprendo por qué la mirada llora, y cómo es que del ojo espantado salga una lágrima después de entrar en él un rayo de luz; la alegría debe morir: entró donde la luz. En el fresco paraíso, ideal donde coloqué mis sueños, en el que pongo cuanto es posible de divino, se cantará; cantar no es estéril y vano; cantar es el dulce rumor de los espíritus en las cimas; y derramando la armonía á las sublimes profundidades, sobre los vientos, sobre los océanos, sobre los surcos, sobre las frutas verdes, una canción trabaja en el inmenso universo; la melodía útil y santa no es sino un soplo; una mujer que pasa cantando por la llanura mezcla una vaga lira al ritmo universal; y da más alma á las flores y más azul al cielo; de lo que resulta no sé qué serena indulgencia.

No habrá necesidad de molestarse para sentirse amado en lo infinito; el nido será sagrado, bendita será la espiga; todo germen engendrará su fruto; toda promesa será cumplida, y sin iglesia, y sin misa, y sin sacerdotes, tan transparente como ahora, será el cielo azul; la sed verá la fuente y el alma verá á Dios.

10 Enero 1876.



XXIX

EN EL CEMENTERIO DE ***

Yo oraba, recogido en lo íntimo de mi pensamiento. El cementerio es dulce al duelo silencioso á la hora en que la tarde inefable y sublime mezcla la paz del cielo con la paz de los difuntos.

Oí que alguien andaba; levanté los ojos; el viento movía la hierba en torno de las cruces, y ví como á lentos pasos andaba por entre las losas un abuelo que de la mano llevaba á su nietecillo.

Conmovido, interrumpí mis fúnebres éxtasis, para seguirles con la vista y bendecirles en voz baja. ¡Oh anciano! ¡oh niño! ¡oh misteriosos vasos el uno lleno de pasado y el otro de porvenir!

Aquella pequeña mano en aquella mano débil me recordaban días pasados, mejores días. El anciano, deteniéndose, pensativo, á cada momento, miraba hacia las tumbas; el niño buscaba flores.

El anciano miraba los sepulcros en la sombra, como si, tétrico y cubierto de sudor, á fuerza de fijar en ellas su ojo profundo y sombrío, les arrancara algún extraño fulgor.

15 Agosto 1846.

XXX

¡Oh! ¡dí! ¿Por qué mirar eternamente bajo tierra, por qué interrogar á la tumba y buscar en la obscuridad, y escuchar siempre, doblado sobre esa losa, como esperando un rumor?

¿Te figuras que aquellos á quienes lloramos yacen debajo la hierba y escuchan atentos nuestros pasos? ¿Crees que ahí están las almas? Pensador, ¿acaso no sabes

que Dios, que todo lo dispone, no quiso que la llama quedara viva al extinguirse la antorcha, y que el hombre ¡ay! jamás pudo llevar nada á la tumba?

¿No sabes que una vez libre el alma, las fosas, devorando á los hombres que se entierran, se llenan de una sombra horrible y sagrada en la que todo se desvanece?

¡Vanamente te inclinas, en tu amargo dolor, sobre el negro sepulcro lleno de días transcurridos, volviendo á pedir tu hija, tu padre, tu madre y aquellos que ya no existen!

¡Vanamente te inclinas! Así como en las olas el buzo se fatiga buscando tesoros, tú tratas de entrever alguna vaga muestra de lo que hacen los difuntos.

Nada para tí brilla, sombría cabeza inclinada; la

tumba es lúgubre y cerrada á las miradas curiosas; ya no tienes en tu pensamiento un rayo que brille... ¡Alegre, alza la vista!

¡Alza la vista! ¡Renuncia á sondar en el polvo; haz que tu alma vuele hacia el firmamento azul; mira al cielo, busca en la luz, y, sobre todo, ¡cree en Dios!

¡Cree en aquél á quien todo alaba! ¡Cree en la eternidad que nos abre los brazos! Llama al Señor, pídele tus ángeles ¡y volverás á verlos!

¡Sí; aun desde este mundo donde tu miseria llora, levantando siempre tu corazón lleno de esperanza, sin moverte de aquí, sin que sea necesario morir para verles.

Porque meditando la fe crece sin cesar, porque al ojo creyente se abre el cielo cada vez más claro; día llegará en que exclames súbitamente, lleno de embriaguez:—¡Oh Dios mío! ¡aquí están!

y algo de aquella dicha de tu pasado tan feliz encontrarás, ¡oh pobre alma arrebatada! en aquellos queridos fantasmas que fueran la alegría de tu vida, y que se hallan en el cielo;

así como á la hora en que la llanura pierde color á lo lejos, cuando la noche cubre de sombra al día pálido y decrepito, allá arriba, en las nubes, aún puede verse el sol que concluye de ocultarse.

27 Octubre 1841.

XXXI

INSCRIPCIÓN SEPULCRAL

Nazco. ¿Qué soy? ¡Oh dolor! Tengo miedo, siento frío, lloro, sufro, soy hombre ¡ay! Será menester que viva, será necesario que muera. Antes de echar á andar me encuentro cansado.

Soy aquel fresco joven tan gallardo como un genio; amo á una mujer de pura mirada, y he aquí los dolores, las lágrimas, el insomnio. Se ama, se llora ¡ay! más adelante.

Con el alma dulcemente agitada por los recuerdos, uno grita: —¡Oh felices días! ¡oh alegres tiempos! Porque nuestros amores huyen como el nublado, lluvia en nuestras frentes, púrpura á nuestros ojos.

Sangro; los corazones todos son ingratos. Trabajo; la tierra es aún más ingrata; mi amo recoge la espiga, la paja queda en mi lecho. ¡Siento hambre ante la gavilla de oro!

Llegó la áspera vejez; me hallo en extremo decrepito; mis amores, mi corazón hecho jirones, yacen en mí; mis días son los arcos de un claustro proyectando su sombra sobre las tumbas.

Mi vida es un sudario del cual soy el esqueleto. Los años, acompañados de los males, me agarrotan;

cada hora es una cintilla (1) más en torno de mis huesos descarnados.

¿Soy un alma? ¿Es un Dios quien me espera? La explicación no aparece para mí; y ese doble desconocido cruza sus X misteriosas bajo mi duro lecho que tiembla.

El espantoso horror del precipicio hiere mis pupilas; mi corazón se extingue, pálido y sin brillo... ¡Azul, azul, azul! ¡Dios vivo! ¡tengo alas! ¡oh profundo azul del infinito!

26 Julio 1854.

XXXII

Sombrios ladradores de las tinieblas, abismos, ¿qué me queréis? ¿Qué pedís, noches fúnebres? ¿Por qué sopláis, vientos celosos? ¿Por qué mezclando brumas, nubes, torbellinos, olas llenas de ruido, multiplicáis á mi alrededor, ante mis oscuras pupilas, en todas esas vagas figuras las actitudes del espanto?

Yo soy un alma, espectros feroces; os escapo; ¡mi antorcha no puede ser apagada por vuestras bocas, abismos de la enorme tumba! No os debo otra cosa

(1) El autor emplea la palabra *bandelette*, que significa la cintilla con que en la antigüedad se adornaba la cabeza de los sacerdotes y de las víctimas. —(N. del T.)

que mi ceniza, que mi carne, que ha de descender otra vez, vana arcilla que dura poco, polvo del que el espíritu se escapa. ¡Os la daré! ¡silencio! Y dejadme pensar en Dios.

XXXIII

SOMBRA

★

Somos dos familias de hombres, sabios y videntes; hijos unos de los París, de los Londres, de los Roma; los otros de Menfis y de Ur; nosotros, hechos para la obscuridad, humildes apóstoles que procuramos aprender; los otros son los profetas, llenos de Adonai (1), almas extasiadas ó coléricas á las que, á través de los siglos, alumbra aún el flamígero Sinaí.

Asomados á la misma ventana, nosotros escuchamos mientras miran ellos. Distinto espíritu invade á los Moisés y á los Newton; esto ocurría ya cuando á los magos hablaba todavía la musa de los labios de coral, en la época en que los salvajes visionarios veían descender de las nubes al centauro de doble pecho.

Nosotros, á quienes la ciencia acompaña; ellos,

(1) En hebreo significa Señor. Con este nombre se designa algunas veces á Dios en la Biblia.—(N. del T.)

conducidos por el rayo azul, subimos la misma montaña. Para nosotros, todo muere; para ellos, todo brilla; todos juntos por la oración, ó por la idea, áspera obrera, registrando el suelo, cogiendo el fruto, sondamos la materia y el alma, ellos de la vertiente de la cruz, nosotros por la de la obscuridad.

★

¡Obscuridad! El sueño alza su frente en la realidad. ¿Qué sería el ser sin el sueño, y la faz sin velo? El alma es de la sombra que solloza. Yo el átomo, vago y floto. Andaba, ¡oh llanto!; amaba, ¡oh dolor! Mi umbral se abre sobre el naufragio; cuando la mar está furiosa, mi casa suena en la noche como un escollo.

¿Qué decís al alma humana, qué balbuceáis para mi corazón, mundo, visión, fenómeno, bóreas burión, agua lúgubre? ¿En qué, bajo las nieves ó bajo las lavas, piensan los montes, esos viejos esclavos azotados por todos los látigos del aire, esos pacientes del gran suplicio vestidos de tinieblas y señalados, bajo el cilicio, por el hierro candente del rayo?

¿Es que son necesarias todas las plagas que sufrimos? ¿A qué ese árbol de las miserias cruzando sus ramas sobre nuestras frentes? El mal se posee. ¿Dónde están las causas? Se diría que el objeto de las cosas es ocultar á Dios, que huye de nosotros, que el mundo entero trabaja para que la noche sea mayor.

¿Qué mira en los bosques silvestres el gran siervo de los ojos llenos de espanto? ¿De dónde te viene, Venus, ese brillo sagrado con que resplandeces en la cima de los pelados montes? ¿Qué representa tu ani-

llo, Saturno? ¿Es que algún ser nocturno, algún vasto arcángel castigado, algún Satán cuya frente se dobla, hace subir y bajar por esa polea la cadena del pozo infinito?

Prometas ó amenazas, cuéntanos, alba, el secreto de tu llanto. Y vosotros, cometas, ¿qué sois con vuestros rostros de las horribles palideces? ¿Sois, en el éter ese que rueda, estrellas cuya sangre se derrama, formando charcos de luz? ¿Venís de los negros osarios? ¿Sois las muertas de la inmensidad, arrastrando sus fúnebres sudarios?

Incorporándome en mi cama á cada momento, sombrío, blasfemo quizás, me siento dispuesto á gritar ferozmente:—¡Déjame en paz, firmamento! A cada instante me siento con deseos de decir:—Vosotros de quienes percibo el oro en mi lira, el llamear en mi enojo, el aire en mis estrofas erizadas, y los fulgores en mis pensamientos, astros, ¿en qué os entrometéis?

¿Qué son, abismo, la vida y la muerte? ¿A dónde va el hombre pálido y turbado? ¿Es el altar ó la víctima? ¿Es la reja? ¿Es el trigo? ¡Oh, esos vientos á los que nada hace callar! ¿Qué hacen con nosotros en la tierra todos esos soplos prodigiosos? ¿Qué misterio se consume en nosotros? ¿Qué nos traen de la obscuridad? ¿Qué se llevan del ser humano al firmamento?

¡Enigma! Cuando yo digo:—¡Podredumbre!— ¡Festín!—grita el buitre. ¿Qué es la naturaleza? ¿Qué es el destino? ¿Caminamos por sendas seguras? ¿Depende de las negras fuerzas el que me extravíe ó no en el camino? ¿Puedes, suerte fatal que nos empujas

hacia la sombra, á fuerza de sacudidas, cambiar la forma del mañana?

Es el ancla un peso que rompe el cable. Todo se promete, no se cumple nada. ¿Querrá esto significar que lo implacable es uno de los nombres de lo desconocido? ¿Quién es, pues, ese amo feroz que hace la mosca para la araña, el fogoso caballo para el freno, todas las escaleras para bajar, el sí para el no, el fuego para la ceniza, la memoria para el remordimiento?

Cuando por los bosques airados corre el huracán, ¿arranca ese furioso á nuestros años algún jirón misterioso? ¿Tiene el árbol que acaba de resquebrajarse abajo su cabellera, que introduce en el globo celeste rejuvenecido? Pensadores, cabezas vecinas del cielo, ¿son vuestros cabellos las raíces por donde os alimentáis del infinito?

¿Es el horror de los cielos lo que en mi ser siento palpitar en ciertos instantes terribles en que el mundo parece vacilar, á la hora en que la tierra tiembla, cuando la noche avanza, cuando se ve hincharse la ola negra, cuando la luna huye arrastrándose, cuando el eclipse, máscara siniestra, viene á soplar esa lámpara?

Y tú, gran vagabundo, hidra verde del espinazo tortuoso, ¿qué dices, mar donde la obscuridad abunda, trastorno monstruoso? ¡Olas! ¡oh copa de amargura! ¿qué símbolo sois, espuma, baba echada desde el fondo á la luz del día, fango que insulta á la serena aurora, eterno salivazo del odio contra la eterna frente del amor?

★

Ando, avanzo, retrocedo, camino por donde más de uno se perdió; á cada momento, en el crepúsculo, una voz lúgubre me dice:—¿Qué buscas? Todo huye, todo pasa. La tierra no es nada. ¿Y qué contiene el espacio? ¿Es real? No puedes pasar de entrever la creación, ese fantasma, tras de aquel velo: el firmamento.

¿A dónde vas, pobre alma admirada? Mónada, ¿sabes lo que es el imán? ¿Qué sabes del destino y qué del firmamento? ¿Conoces lo verdadero, lo posible, todas las urdimbres de lo invisible, lo que te espera, lo que te sigue? ¿Conoces las leyes eternas? ¿Oyes los temblores de alas en las grandes redes de la noche?

¿Sientes á veces, en la infame obscuridad que agita un viento fresco y pesado, una telaraña en la que tu alma va á caer y sobre la cual se pasea un monstruo? ¿Sientes á veces, hijo de la tierra, que bajo tus piés se abre el misterio, y mezclarse, ¡oh pasajero desnudo!, á tus cabellos que el invierno humedece, los hilos de la sombría rueca, los cabellos de la frente desconocida?

Las trágicas constelaciones, abriendo para mirarlos sus fieros ojos, pasan, semejantes á grandes larvas mágicas, sobre vuestros destinos misteriosos. ¡Ciego es el que cree los vacíos cielos! Algunas, las más lívidas, aparecieron, ¡oh espíritu sombrío!, en forma de cifras negras en las tintebblas, sobre los dados de los fúnebres jugadores que se disputaban la túnica de Cristo.

Pero ¡insensato el que se imagina conocer todos los horizontes! La tumba, el fin y el origen, se revelan y gritan: ¡adelante! ¡Insensato el mismo Jesús, que se inmola porque ama! ¡Insensatos los audaces, que se arrojan al cráter soñando el progreso en la tierra ó el paraíso en los cielos!

¿Estás cierto, al ver reirse al esqueleto, de que aquel negro rictus donde se refleja la claridad de abajo, no es para los buenos abatidos, para los justos, sobre quienes pesa todo, para los mártires en la hornaza, para el espíritu creyente y creador, para el alma que espera su patria, la espantosa burla de la tumba, que conoce el vacío?

XXXIV

LUZ

¡No, no es posible, ¡oh naturaleza!, que sobre el hombre que está en el calabozo, sobre el espíritu, sobre la criatura, seas el odio de arriba! ¡No es posible que aquellas fuerzas mezclen en todos sus negros divorcios al ser humano, átomo retorcido entre sus puños, que le muestren el horror soberano y hagan amenazas al asustado sin que éste las comprenda!

¡No es posible que el edificio se haga de sombra y de sordidez; no es posible que sacrificio, heroísmo, esfuerzo, voluntad; no es posible que sabiduría, albor, largueza eterna, la rosa que se abre, el